

Leyenda de la viña

El hombre ha definido la tierra que pisamos rayándola de verde con las hileras de viña. Desde su corazón a más acá del cerro se extienden con la exacta solemnidad antigua que usaban al pasar, conducidas por Ruth, del valle a la colina. Como entonces, dibujan lineales perspectivas. Como entonces, ahora su bondad es la misma. Si afrontan la cuarteada yesca de la sequía, si enero les derrite lo espeso de sus siestas sin salida, o una osa blanca se les hiela allá arriba, siempre, siempre darán en la tierra encendida que pisamos, la clave profunda de la vida. Siempre, siempre darán (de dos en dos: terrón y fila, bajo el signo telúrico y puro de su milicia y de su disciplina) un rendido final, una sencilla cifra de ternura, una vasta intención firme de dulzura total, que no la cubren con floridas cuestiones de dolor o vigilia o soledad o lejos o difícil: hábito vegetal, la tierra encinta se resuelve en estados de milagro, en frutos de milagro, entre las hileras.

La campana celeste que en silencio tañe el celeste Tañedor del día la alumbra como a cosa concreta, positiva: como al revés del sueño, como a la muerte de la fantasía.

Rayado corazón plural de la hermosura misma, estela permanente de no se qué bajel de memoria perdida, la viña no es tan sólo la vegetal presencia de la viña.

Hay un tiempo morado de mosto oler, de mozas, de cuchillas, de adelantada noche, de redonda alegría. Hay un tiempo morado en que bajan estrellas y lunas movedizas a completar el signo fértil de la vendimia.

Tiempo de un rumor especial, de una tarea de ácidos, pies de ir y venir, penumbra fría de la casa del vino, en la que cuerpos y almas juegan el mismo juego de edificar la linfa que sembrará en los hombres pequeños dioses de color mentira.

La viña no es tan sólo la vegetal presencia de la viña. Pero todo después por el que corre su sangre, tiene en ella sus orillas.

Y el sol, que le bajaba desde arriba: el sol, que se casaba con la secreta mineralogía que de la carce oscura de la tierra ¡tan dulce! le subía, es el iris de luz, y tan sin muerte! por el que siempre se adivina, en el hijo más lejos de su extensión frutal, el corazón rayado de la viña.

Viña: apellido de la casa nuestra
Viña: costado impar, fábula fija
Viña: callada paz que nos devuelve la tierra por la tierra tantas veces herida.

Luis Ricardo Casnati

Homenaje a la Vendimia



Uvas desveladas...

Las uvas son como ojos que van a estallar de tanto derramarse sin arder, puro asombro, los desvelos que se comió el viento andango a ciegas.

Las uvas son como nubes que abrigan luz por los cuatro costados, mientras el alma pierde agua donde se supone que hay sed, y en ella se ahogan los peces de la noche, en ella retrocede la muerte.

Las uvas son morados soles de justicia, soles de llanto, soles de rabia, soles tibios que cargan dentro tierra donde se ha sufrido; sol que es tu mano junto a otra mano y junto a otra mano... todas mojadas por el mismo sueño, por el mismo despertar.

Las uvas son los que quisieron que estuvieras, los que te invitaron a apagar el color negro; son abrigos repletos de paciencia que incendia, o sea parte final de la memoria.

Las uvas son abrazos, maneras de acercarnos,

furioso oficio de recoger cantando todo lo roto y lo caído.

Las uvas son temblor que esconde el vino cuando la lloradera arma su callado arbolito.

Las uvas son frios y calores que andaban diseminados y que ahora decidieron unirse, igual que si fueran el bello porvenir de una embarazada.

Miguel Godoy F.



Orden secreta del arcoiris: vendimiar

Moneda oculta en perfecto anillo, sabor que abre al pájaro profundo del Sol su iracundo rocío desbocado, golpea contra los cerrojos tu alevosía.

Un estertor de gota desbordada corona en la frente ancestral con su harina el desnudo corazón de esta herencia, para que entre tantas manos tu voz no se extravíe.

El hombre, el hombre... por cuyo terrestre aleteo sube la orden secreta del arco iris.

Despiertan de golpe todas las lenguas que han estado madurando esta forma de gobernar el cielo, para que todos los horizontes sean verdes.

Renace el porvenir anual del vino, pinta de velámenes rojos la tibia guitarra del rostro, para la fiesta donde brillan los corazones nuevos como novias vegetales; geografía insolente de la naturaleza encabritada.

Sabla late la viña vestida de incendio acarreado polen hacia su puerto imaginario, fabricándose peces de rescate para vivir otra vez en la invulnerable salud del múltiple milagro, cuyo desnudo refugio es semilla en la red de los mástiles que nacen del hombre desmedido, del dueño de las vigilancias que proponen hacer invencible la memoria sin miedo de la vida.

Misha Piscovich